



---

# DESAPARICIÓN FORZADA EN TIBACUY: CONTEXTUALIZACIÓN Y EXPERIENCIA

---

“Las madres de Plaza de Mayo, mujeres paridas por sus hijos, son el coro griego de esta tragedia. Enarbolando las fotos de sus desaparecidos, dan vueltas y vueltas a la pirámide, ante la rosada Casa de Gobierno, con la misma obstinación con que peregrinan por cuarteles y comisarías y sacristías, secas de tanto llorar, desesperadas de tanto esperar a los que estaban y ya no están, o quizás siguen estando, o quién sabe: Me despierto y siento que está vivo -dice una, dicen todas-. Me voy desinflando mientras pasa la mañana. Se me muere al mediodía. Resucita en la tarde. Entonces vuelvo a creer que llegará y pongo un plato para él en la mesa, pero se me vuelve a morir y a la noche me caigo dormida sin esperanza. Me despierto y siento que está vivo...

(Eduardo Galeano – Memorias del Fuego III)

## A MODO DE ACERCAMIENTO: ALGUNOS CASOS REPRESENTATIVOS

La desaparición forzada deja una especie de vacío distinto al de la muerte. Alguien que se encuentra desaparecido es alguien que no está, pero que regresa con cierta frecuencia, pues vuelve en forma de evocaciones, reminiscencias y/o conjeturas; pero sin saber a ciencia cierta dónde se localiza y cuál es su real situación. Es un estado ciertamente peculiar. Cabe preguntarse: ¿cómo se articula a la vida cotidiana de la familia alguien que era una figura cierta y definida pero que ahora no lo es? Están sus pertenencias, sus huellas, la evidencia indiscutible de su estancia en el entorno íntimo de la casa, de un hogar, de la vida de sus miembros, pero no está su presencia. No hay cuerpo palpable, ni una conciencia cierta y actuante; pero tampoco es posible articularlo al escenario de la muerte, pues no se cumplen tales requerimientos. Más que irse, ha sido arrancado, pero está presente en la esfera de una especie de evocación habitual.

Los desaparecidos son seres que duelen y se recuerdan, a quienes no es fácil asignarles una condición o un estado. Se procura, por un lado, mantenerlos intactos en su imagen, pero no se sabe cuál es su estado presente; es, por decirlo de alguna forma, una imagen que no puede ser actualizada.

Delineando un tránsito hacia el contexto de su grupo afectivo, de cierta forma es todo el grupo cercano, que rodea a la víctima de desaparición el que tiende a desfigurarse, o por lo menos a alejarse del ciclo habitual de los sucesos cotidianos. Estamos frente a un colectivo familiar que experimenta una profunda fractura asociada a la singularidad de su situación. Se podría decir que este es un modo eficiente de multiplicar a las víctimas. Es víctima el que desaparece porque se le niega “la posibilidad de ser” en el lugar que le ha dado ese estatuto ontológico, de identidad con un lugar, con unas prácticas sociales; con ese territorio íntimo de lo familiar. Pero también es víctima de primer orden quien espera, sin señales ciertas del destino de su ser querido; quien todos y cada uno de sus días tiene que amoldar su sentir a una situación que se reconfigura con el vaivén de su deseo y de la intensidad del vínculo preexistente. Lo señala Eduardo Galeano, refiriéndose a las madres de Plaza de mayo: en la mañana renace la esperanza, pero en la noche, con la oscuridad, deviene la certeza de su muerte.

Una cierta discontinuidad predice un giro dramático en las formas de actualización del mundo. La continuidad se constituye desde la identidad que a su vez la reafirma. Es, por decirlo de alguna forma, un lugar en el que se privilegia la construcción organizada

de la realidad. Para el caso de la desaparición forzada, que se podría definir como un acto de privación de este orden, dicha realidad se empieza a constituir al vaivén de un vínculo emocional irregular, que hace la situación demasiado inestable para permitirle operar funcionalmente en las distintas circunstancias de su existencia.

Dentro del informe *BASTA YA*, “el CMH define la desaparición forzada como la privación de la libertad de una persona de la cual se desconoce su paradero, en la que no se pide algo a cambio y el victimario niega su responsabilidad en el hecho”. (Informe *Basta Ya*, pág. 57). Cabe anotar, en este mismo sentido, de acuerdo con el tomo 1 de *Desaparición forzada en Colombia*, que son notorias las dificultades para la consolidación de información y la legitimación objetiva del concepto de desaparición forzada, entre otros motivos, por la similitud o la cercanía con otras categorías operantes, tales como la de homicidio y el secuestro simple o extorsivo. “De acuerdo con Colombia, Nunca más” (CNMH), es necesario trascender la idea de investigación como mera reconstrucción de hechos, para dar consistencia, confiabilidad, análisis y movilización social, en torno a la información sobre crímenes de lesa humanidad”

En su primer capítulo, dicho documento deja entrever que la desaparición forzada es una forma supremamente elaborada de esa perversa inteligencia de la confrontación armada, que cambia las masacres o los homicidios selectivos por acciones que tienen un mayor impacto en el tiempo, entre ellas la desaparición de personas; que pareciera un hecho victimizante de bajo impacto frente a la trascendencia que se les confiere a otras formas de violencia. Esta es una forma de ver las cosas, que intenta dar cuenta del significado de la desaparición, sus efectos e intencionalidades.

Lo cierto es que la carga emocional que implica la desaparición es un ejercicio que se vive en diferentes lugares; entre ellos, la proximidad del grupo familiar, o el círculo social y afectivo del desaparecido. El efecto entonces se ubica simultáneamente en el terreno de lo subjetivo, como en el terreno de lo social. En primer lugar, se establece en la intimidad de la espera, del menoscabo de la expectativa, que se traduce en la configuración de estados hondamente ambivalentes, que hacen referencia a la coexistencia de sentimientos contradictorios entre los que se pueden mezclar la ira con la tristeza; o la ilusión momentánea con cierta sensación de desesperanza, impidiendo de esta forma, el avance en la elaboración del conflicto que entraña un evento tan avasallante. Dentro del componente social, uno de los contenidos característicos de la desaparición forzada, tiene que ver con la relación que se establece con el territorio. Así como en el desplazamiento se presenta una subjetividad desplazada de su territorio social, cultural, afectivo y simbólico, en la desaparición se puede hablar de un territorio sin sujeto, arrancada su posibilidad de ser actor que aporta a la transformación de ese escenario que lo contiene y al cual estuvo ligado de distintas maneras hasta el

momento de su desaparición. Se diría entonces, que el territorio también se constituye en víctima, en la medida en que le ha sido sustraído un sujeto en pleno ejercicio de su ciudadanía.

Ya en el terreno propio del municipio de Tibacuy, la desaparición forzada se configura en los casos emblemáticos, que se mantienen en el recuerdo y que representan las formas particulares de su advenimiento. Uno de ellos es el caso de don Alirio, un ganadero que tenía su finca en la vereda Naranjal o el concejal Arcadio, líder social de la izquierda del municipio, quienes, desde el cotidiano espacio de sus vivencias de pueblo, fueron reclamados por el conflicto para jugar el infortunado rol de desaparecidos. Desaparecidos porque después del desdichado acontecimiento, no se volvió a saber nada de ellos, por más que fueron buscados, preguntados por sus familiares y denunciados los hechos ante las autoridades competentes. Tampoco hubo un cuerpo, unos restos humanos que permitieran verificar su deceso, cumplir con el ritual de la despedida para cerrar el dramático, pero habitual, ciclo de la existencia. De esta misma forma, no fue posible identificar un lugar que permitiera a sus familiares dirigir sus pasos para el encuentro con el ser amado que ostentaría un lugar y una condición, puede que distintos, pero igualmente identificables y por ende generadores de desahogo y alivio. Nada de esto sucedió.

En estos dos casos, tampoco se sabe que sus familiares recibieran algún tipo de mensaje para pedir dinero con el fin de garantizar su regreso. Pero por sobre todo, son desaparecidos porque, tomando como referente el caso de Arcadio, hasta el último momento de su existencia, doña Ángela, su madre, esperó una respuesta que señalara un lugar o un motivo; que le permitiera construir una historia factible con relación al destino de su hijo. De forma similar aconteció con los familiares de don Alirio, quienes terminaron marchándose del Municipio, abandonando su finca, su ganado y sus proyectos en la región, pero igualmente, viviendo con la incertidumbre acerca del paradero de su ser amado.

El exiguo reconocimiento frente a la desaparición forzada ha permitido que sus connotaciones no se hayan clarificado plenamente. En el Municipio de Tibacuy, tras los hechos de desaparición, se revelan varios móviles. El caso de don Alfonso, al parecer, obedece a una conjunción entre motivos económicos y políticos asociados a su condición de ganadero, en una zona de alta incidencia por parte de grupos paramilitares, como lo es el municipio de Cambao en el departamento del Tolima, que era el lugar en el cual compraba los semovientes que posteriormente traía a su finca de Tibacuy. Esta concurrencia de circunstancias le obligó a tener que cargar con un estigma que lo hizo blanco de la acción armada, probablemente del frente 44 de las FARC, que para ese momento era el principal operador de episodios de violencia armada en la zona.

En cuanto a Arcadio, otro de los casos representativos en el Municipio, su carácter de líder social, su condición de miembro del Concejo Municipal de Tibacuy y otrora funcionario de la Alcaldía, quien estuvo ligado a un accionar social muy perceptible, tuvo reconocimiento por parte de sus habitantes y, según cuentan, también algunas controversias de orden político. Estos elementos muy seguramente configuraron los motivos en la imaginación de sus captores, desconocidos, misteriosos, quienes eligieron llevárselo una noche de su casa, mientras tomaba su cena. Hasta el día de hoy no hay una sola pista acerca de su paradero.

Hay otros casos, quizá menos claros y visibles, pero no por eso menos reveladores, como el de una adolescente de nombre Karen quien en algún momento asistía a una de las instituciones de educación media en el municipio. Se dice que varios hombres vinieron por ella y por otras dos chicas estudiantes del mismo colegio. Al parecer las tres desaparecieron y durante mucho tiempo no se volvió a saber nada de ellas. Karen nunca más volvió al colegio y nunca regresó para seguir siendo parte de su grupo familiar. La familia se mantuvo hermética y optó por aislarse de la dinámica social del municipio. En palabras de alguno de los habitantes del pueblo, “ellos hicieron como si no hubiera pasado nada”. Una de las adolescentes, que al parecer fue raptada con Karen, manifestó alguna vez, después de regresar, que había escuchado que su amiga había muerto en un enfrentamiento entre las FARC y el ejército, pero eso es apenas un rumor sin confirmación. Hasta ahora su familia no ha llevado a cabo gestión alguna para indagar acerca de su posible paradero.

La historia de Karen podría ser representativa, en términos de la manera en que algunas modalidades de violencia van mutando hacia la desaparición forzada. Con Karen, el hecho que inicia este recorrido del horror y de la incertidumbre, tiene que ver con el llamado reclutamiento forzado. Ella posiblemente fue movilizadada por el frente 44 de las FARC. Es decir, en contra de su voluntad empezó a ser parte de un grupo armado, a la fuerza, sin su consentimiento, como suele suceder con la mayoría de las y los menores de edad que son sometidos a esta perversa práctica de guerra. La coerción define su nueva condición. De estudiante a actor armado del conflicto; combatiente que empieza a ser parte de una fuerza que agrede la legitimidad del Estado, en la que siempre vivió hasta el momento de su desaparición.

Mientras tanto, su núcleo familiar adopta una actitud de aislamiento. Cuando alguna de las personas conocedoras del caso manifiesta, que posterior al reclutamiento la familia “hizo como si no hubiera pasado nada”; al indagar en esta apreciación, se impone una primera reflexión relacionada con uno de los impactos de la desaparición forzada: el comportamiento de quienes se convierten en víctimas, por cuenta de la desaparición de uno de sus familiares, se torna impredecible. Posiblemente, las mu-

chas presunciones que se tienen que construir diariamente generan una ruptura frente a un potencial curso de los acontecimientos. Se genera así una especie de inmovilidad que hace que el grupo familiar retorne una y otra vez al episodio de desaparición y su posible itinerario; es una especie de proceder maniaco, que puede ser entendido como un mecanismo de defensa que pretende cierto equilibrio entre la realidad que se experimenta y la incertidumbre que se siente.

El imaginar mil puertas de salida, todas diferentes, pone de presente que no es posible casarse con una versión, para procurar una respuesta plausible frente a lo sucedido. Los parámetros dentro de los cuales se elaboran las interpretaciones que acompañan a los familiares de la víctima de desaparición no perduran, porque buscan definir algo imposible, algo que no está en sus manos. Se crea de esta forma la manía de buscar un dinamismo precario y costoso para mantener vivo el espíritu de su ser querido.

Lo cierto es que “la mayoría de las familias de los guerrilleros muertos en combate no tienen información de dónde murió su pariente, dónde estaba combatiendo; simplemente un día desaparece y no vuelve a comunicarse, o les llega la noticia de que a su hijo lo mataron, pero no se sabe dónde lo enterraron; es un desaparecido”. (Padre Javier Giraldo. *El Tiempo*, 2015). Esta es otra de las aristas de la desaparición forzada. Se trata de ocultar los cuerpos y posteriormente desaparecerlos con el fin de desinformar. Seguramente la experiencia de Karen y sus padres es la misma de muchas familias de hijos reclutados, que pasan a ser desaparecidos por cuenta de la intención de negar verdades operativas al interior de la confrontación armada.

Es la clara evidencia de una estrategia de guerra, que se impone a la responsabilidad que se debe adquirir frente a los combatientes de cada grupo armado. Es la negación de una sensibilidad elemental frente a la necesidad real de dar a conocer la situación de la hija o hijo reclutado a sus seres queridos. La verdad es lo de menos; gestionar el dolor de forma funcional es lo de menos. En este juego deshumanizante ingresan los distintos actores armados, pervirtiendo de esta manera el conflicto, como mecanismo para dirimir diferencias irreconciliables, sumando más dolor, negación y total falta de apoyo a unos actores que han ingresado involuntariamente a la confrontación y por quienes no se expresan mayores consideraciones.

Volviendo al caso de don Alirio, una de las funcionarias de la Alcaldía por aquella época manifestó lo siguiente:

“Él se confiaba mucho en su trabajador, quien era simpatizante de la guerrilla. Fernando se emborrachaba y empezaba a decir: “Don Alirio es paraco”. Un día le pregunté a una vecina qué había pasado con don Alirio, que

había desaparecido un año atrás. Ella me contó que el día que se lo llevaron, ese fue el susto más terrible que tuvo, porque una tarde de domingo llegó el comandante de la guerrilla con varios hombres y los encañonaron a todos los habitantes de la casa y se llevaron a don Aliro en su propio carro y desde ese día nunca se volvió a saber nada de él. Aunque vivía en la finca con su esposa, y además su hija y los nietos iban habitualmente a visitar a los abuelos; después de esto, ellos no volvieron, quedó todo abandonado. Ahora vive una promotora de salud, pero hoy en día esa tierra no es nada, para lo que era cuando don Aliro vivía allí”.

De Arcadio y Karen tampoco se volvió a saber nada. Es como si a los tres se los hubiese tragado la tierra, parodiando el final de la *Vorágine*, el poderoso texto de José Eustasio Rivera. Cabe la comparación, porque a los desaparecidos se los devora una espesura de intereses, intencionalidades, falsas versiones, poderes y acciones que al cabo del tiempo terminan convirtiéndose en algo muy difícil de entender. Es una dificultad que no debe morir en las garras de un olvido cómplice. “Todo debe estar guardado en la memoria, cuna de la vida y de la historia”, dice el cantautor argentino León Gieco.

Definitivamente es una de las más crueles incertidumbres, en la cual se conjetura un escenario paralelo, pero a su vez, precario; en el que prevalecen muchas preguntas: ¿en qué lugar estará?, ¿dónde descansa su cuerpo?, ¿qué es de su conciencia? Estos interrogantes ratifican otro de los ejes distintivos de la desaparición forzada: no es factible construir una historia consistente. Una historia es una narrativa cargada de sentido, que corresponde a una secuencia que debería sostenerse en el tiempo. Bien lo dicen las madres de la plaza de mayo: “a los que ya no están, o quizá siguen estando o vaya uno a saber (Galeano...). No hay certezas, la narrativa alcanza escasamente a sostener un precario y efímero ejercicio de regulación de la experiencia, que esconde el deseo íntimo de que retornen pronto y termine por fin esa pesadilla en la que se encuentran inmersos.

Lo cierto es que no es posible construir una historia duradera, apenas son fragmentos, fracciones que se diluyen en el tiempo; piezas sueltas desprovistas de continuidad. Algunas de las expresiones de los familiares de los desaparecidos dejan entrever que nunca van a saber qué sucedió en cada uno de los días de su ser amado, al que en vano esperan. Pero, aunque así sean las cosas, tampoco van a poder cerrar la puerta, como le sucedió a doña Ángela, para quien, muy seguramente la última pregunta de su existencia tuvo que ver con el destino de su hijo desaparecido.

A propósito del caso de Arcadio, narra una de tantas víctimas en el país: “En una ocasión le pregunté a un compañero al que le desaparecieron a su hijo, si cada noche pen-

saba qué había pasado con él; cada noche, así como yo pensaba qué le habría pasado a Miguel Ángel. De alguna manera me arrepentí de haberle hecho esa pregunta porque la respuesta que me dio fue dolorosa. Gloria me dijo: “llevo 1 107 noches pensando en 1 107 muertes diferentes de mi hijo”. (*El baile rojo, memoria de los silenciados*. Citado en *Hasta encontrarlos*. Pág. 265). Evidentemente el relato de un hecho vital organiza la experiencia, sobre todo si sus componentes guardan cierta constancia. Es un verdadero desafío a la cordura recrear 1 107 formas de conjeturar el mismo evento. Es una puerta que se abre por cuenta de la incertidumbre y se alimenta de la ilusión, el deseo y la fantasía, rompiendo los límites naturales de una narrativa plausible de la existencia. Aquí suceden varias cuestiones; entre ellas, un centramiento en el evento de la desaparición, que se vuelve un eje que empieza a atravesar la experiencia vital. Así, todos los eventos, hasta los más cotidianos, se tiñen de este matiz. Bien lo dice Galeano: “a veces se coloca un plato en la mesa, procurando con este sencillo acto revertir el impacto de una realidad tan determinante”. Sería una especie de artilugio para cambiar la contundencia de los hechos. De este tema se desprende una consecuencia inesperada: estos mecanismos de afrontamiento, estos itinerarios íntimos generan una sensación de aislamiento; o acaso, se preguntarán los familiares ¿quién podría comprender la utilización de tales sutilezas?

Se intuyen otras preguntas en el pensar colectivo de quienes, de una u otra forma, han tenido algo que ver con la desaparición forzada: ¿cómo cerrar esta trama de espanto y hacer de cuenta que ya no va a volver? ¿Será posible?; o hay que vivir el día a día con esa carga sobre la existencia e inventar una y mil versiones de la vida o de la muerte de la persona desaparecida? ¿Cuántas cosas pierden paulatinamente su valor? ¿Cuántos fragmentos de eso, que es cada uno, se sepultan con esa infinita sensación de ausencia perpetua? Son preguntas obvias, pero de muy difícil respuesta. Esa “otredad”, representada en el pueblo, la comunidad veredal, los vecinos y amigos, que simboliza la posibilidad de cierto grado de solidaridad, una intención de compartir lo que se va experimentando, se torna nebulosa, pierde su solidez... el inexplicable sentimiento de distancia termina ocupando cada instante y cada espacio y no hay un modo cierto de salir de esa opresiva atmósfera. Es la cruda cotidianidad de los familiares de los desaparecidos.

## SUCESOS Y EXPERIENCIAS MUY PARECIDAS VIVIERON PAOLA Y SU MADRE SUSANA GONZÁLEZ, QUIEN FUE DESAPARECIDA EN EL AÑO DE 1998...

---

Este es un relato a varias voces que sigue la pista a la historia que fue hilando Susana a partir de sus relaciones con algunas instituciones del municipio de Tibacuy, con su familia extensa, con sus hijas, con el compañero con el cual compartía la vida al momento de su desaparición y, finalmente, con los actores armados, que muy seguramente están vinculados a estos últimos acontecimientos. Este es un relato marcado por la aprehensión, el dolor y el miedo al conflicto armado, que sigue latente en las representaciones sociales de los habitantes del municipio de Tibacuy. Así que a Susana no se la encontró en una entrevista estructurada. A Susana se la descubrió en el hermetismo de Paola, su hija mayor, quien seguramente vive su vida de una forma distinta desde aquel recuerdo que le puso un sello a su existencia. Se la puede hallar en los relatos sueltos de los habitantes de la localidad, que espontáneamente expresaron su parecer. También en las certezas de sus reclamos llevados a la administración municipal cuando tuvo inconvenientes con su familia extensa o con su pareja.

## DESDE LA VOZ DE PAOLA Y OTRAS VOCES: UN RELATO REPRESENTATIVO

---

Manifiesta una de las exfuncionarias de la Alcaldía de Tibacuy:

“Conocí a Susana, porque era beneficiaria de un programa de seguridad alimentaria. Ella recibía un paquete nutricional cada mes porque era considerada población vulnerable, pues para esa época tenía niñas menores de siete años. Vivía en una finca en la parte alta de la vereda ‘La Gloria’, por el cerro de Peñas Blancas. Creo que no tenía a quien contarle sus cosas, porque un día llegó como a eso de las 3 de la tarde a decirme que había tenido un altercado con su hermano, por unos derechos de sucesión. Me comentó que se enfrentó a machete con él y yo le sugerí que fuera a la inspección de policía a exponer el caso”.

Esta situación de conflicto era constante, y se encontraba asociada a distintos motivos. Uno de ellos era la discordia relacionada con la repartición de la herencia familiar, posterior al fallecimiento de su señora madre. En los siguientes días la situación de agresión en el grupo familiar extenso fue atendida desde la inspección de policía y después de un encuentro entre las partes y la programación de una diligencia de caución y de la consiguiente orientación respecto a las gestiones propias de un proceso de repartición de los bienes motivo de las diferencias que causaron el enfrentamiento, la diligencia se cerró.

Adicionalmente Paola, hija mayor de Susana, menciona por ese mismo tiempo la compleja situación que existía al interior de su grupo familiar; ella afirma: “mi padrastro me molestaba”. Igual expresa que para ese momento era apenas una adolescente. “Mi mamá decidió mandarme a Bogotá, donde una tía. Allí empecé a trabajar en casas de familia, pero ella estuvo muy pendiente de mí y siempre que podía iba a visitarme” Igual reveló que el padrastro era miliciano de las FARC, pues afirmaba que él era “de esa gente”, refiriéndose al rol que jugaba en el contexto del conflicto armado existente en el Municipio.

“Para las fuentes no oficiales, la caracterización social y política de la víctima es una variable fundamental” (Tomo 1 D. F. Pág. 269) Aquí se tienen en cuenta factores como la filiación política, la representación que la persona tiene en la comunidad, y la militancia; aunque estos aspectos no agotan los casos referenciados.

Este complejo escenario, que era habitual, fue configurando un imaginario social sobre Susana, como persona beligerante, problemática y con cierta disposición a dirimir las diferencias familiares, con actitudes y conductas violentas. Se puede decir que existía todo un historial que fue definiendo esta caracterización. En algún momento se dijo que el mismo municipio estuvo tratando de adquirir algunos de los predios de la familia González, pues allí nacían algunos cursos de agua que la Alcaldía estaba interesada en conservar. Se dice que este negocio no se pudo materializar debido a la actitud beligerante de los González, que siempre se opusieron, entre ellos Susana. Volviendo al problema de la agresión entre hermanos presentada por las desavenencias relacionadas con la repartición de la herencia materna; este episodio que trascendió el contorno de la intimidad familiar reafirmó el concepto de Susana, como una mujer agresiva y problemática.

En el escenario del conflicto, la visibilidad de un personaje como Susana, da pie a que los grupos armados, constituidos en referentes de orden y acatamiento social ganen respeto a partir de la intervención y la consiguiente regulación de este tipo de comportamientos. Muy seguramente ella era una de esas figuras que se encontraba registrada

en los listados de quienes debían ser advertidos por esas conductas violentas que bien podrían ser validadas para los grupos armados, e incluso, para el género masculino, pero no para una mujer cabeza de hogar que debe proyectar una imagen de fragilidad, dependencia y respeto por la norma social.

En la ética del conflicto armado la imagen que construye el “otro social”, de una persona elegida para ser desaparecida debe guardar cierta consistencia. No debe existir asomo de duda; ello implica que no concurre el sano equilibrio que proporciona la relatividad de una simple versión y por ello no hay justicia en esta narrativa. No hubo voces que dijeran que Susana tuvo la entereza de mantener a sus hijas bajo un mismo techo, dentro de un concepto aproximado de familia; iban a estudiar, tomaban sus alimentos, que eran preparados por ella misma, contaban con una vivienda, sus camas en las que dormir y algunas rutinas que impregnaban de sentido su cotidiana existencia. Cuando Paola tuvo que viajar a Bogotá, sus palabras fueron: “...ella estuvo muy pendiente de mí y siempre que podía iba a visitarme”. Es necesario construir un habla social, puede que no al unísono, que otorgue justicia al actuar que se precipita sobre la persona. El descomunal papel de juez, que quien ostenta ejerce casi que, por el derecho fundado en su fuerza, defendido muchas veces por la misma población, es una suerte de idealización negativa que borra las contradicciones y genera una morbosa unanimidad que abre toda una ruta a la lógica de la actuación dentro de la dinámica de la desaparición forzada.

Ya al interior de la familia nuclear de Susana, se presentan otras condiciones que se relacionan de forma muy consistente con algunas de las intencionalidades que justifican la práctica de la desaparición forzada: el castigo y la generación de incertidumbre. Una de ellas, tenía que ver con el hecho de que su pareja para el momento de los hechos era visto como miliciano de las FARC. “Él era de esa gente” expresa Paola, aduciendo su militancia en este grupo armado. Susana, vinculada de forma directa o indirecta a este tipo de militancia, termina siendo señalada. Es visible esta especie de estigma, pues a pesar del dominio del territorio ejercido por las FARC y de ser el compañero de Susana militante de este grupo armado; ella empezó a jugar un rol muy particular, ya que se la miraba como una persona un tanto discutida, que había rebasado los límites del deber ser. Se gestaba así una especie de marginalidad, pues sin ser ella parte del grupo armado que ejercía el control, que limitaba la movilidad de los habitantes y afectaba de manera tan profunda la cotidianidad del pueblo, si se asumía que existía un cierto consentimiento de su parte, por estas prácticas tan lesivas para los Tibacuyenses. Ella era una expresión sutil de esa especie de anuencia por el control violento del territorio y esta situación estaba en el trasfondo de la afirmación de esa exclusión de la que fue víctima, la cual fue fraguando lo que viviría en sus últimos días.

Otro de estos factores favorecedores de la desaparición forzada tuvo que ver con el motivo para que Paola, hija mayor de Susana, tuviese que marchar a la ciudad de Bogotá. El propósito del castigo a “lo incorrecto” es la eliminación de cualquier forma de amenaza a los órdenes establecidos. Ello permitió a los actores armados elaborar un discurso de justificación de un accionar centrado en el control, a partir de la suposición que actuaban para favorecer a las comunidades, buscando eliminar toda forma de perturbación del orden social establecido. Este hecho tiene una difícil lectura para el caso, pues expresaba la misma Paola, que cuando Susana decidió enviarla para Bogotá, se generó una situación complicada al interior del hogar, ya que esta determinación confirmaba la desconfianza que se venía tejiendo por parte de Susana, con relación a las insinuaciones sexuales de su pareja frente a Paola. Aquí se generaron dos hechos relacionados: el primero de ellos, la reacción de su compañero, quien, de acuerdo con lo manifestado por Paola, posiblemente le hizo saber al frente guerrillero de las FARC, liderado para esa época por “el Negro Antonio”, que Susana lo estaba poniendo en tela de juicio, ya que lo acusaba de querer abusar de su hijastra.

Así se fue generando frente a Susana una fuerte pérdida de credibilidad y apoyo, pues no contaba con su familia, su compañero la acusaba de querer afectar su buen nombre y el frente armado la consideraba una figura generadora de conflicto.

Susana, entonces se constituía en ese elemento turbulento; simpatizante del enemigo en razón a su vínculo de pareja. Igualmente representaba la disrupción, el ruido que alteraba la intención de silenciar y, por ende, de ejercer control. Al igual que otras muchas víctimas de desaparición representaba lo indeseable, era el signo de lo inadmisibles y a la vez evidencia del desacato. Así como podría ser alguien que decidió no irse cuando se le ordenó salir desplazado, podría significar lo mismo que aquel homosexual que fue tachado de corruptor de menores. Es la representación del mal, condensado en una figura que rompe con las convenciones, que se rechaza por su condición y por lo que simboliza en el contexto de un entorno de control. Si Susana era una figura peligrosa, eso no era lo importante. Lo verdaderamente significativo era instalar o afincar, aún más, un clima de castigo y de terror. Propagar el pánico era clave para mantener el dominio. Muchas personas, posiblemente Susana entre ellas, fueron simples instrumentos para instalar el miedo en la población y generar una sensación de vulnerabilidad que propiciaba el total dominio sobre el municipio en general.

Contrasta esta intención con la vivencia de los familiares de personas *desaparecidas*:

“Lo que más pido es que nos ayuden a encontrarlos, porque todos estos años que han pasado han sido una tortura y un tormento muy grande para nosotros. Otra navidad en esta angustia (...) Las niñas esperan todos los días que aparezca. Lo que más im-

ploro es que nos ayuden a esclarecer, que nos digan qué fue lo que le hicieron. Donde está; por lo menos que nos lo entreguen para saber a qué atenernos, esto es lo más duro” (CIRC, 2016, pág., 3. Citado por *Hasta Encontrarlos*).

La doble dimensión que se vislumbra en la anterior narrativa es importante hacerla visible, pues es una constante en los casos de desaparición forzada: La intención del generador de violencia en contra de la vivencia de quienes han sido convertidos en víctimas. Irreconciliable y absolutamente distante uno y otro acontecer. Tal vez esa gran distancia representa la dolorosa evidencia de dos actores que se encuentran en un mismo espacio y viven una mutua incidencia, pero por motivos diametralmente opuestos. Un efecto de la desaparición forzada como estrategia de guerra, en el contexto del conflicto armado, tiene que ver con la potestad de juntar en un mismo escenario la intención macabra de un actor armado que tiene la capacidad de tomar la vida de un ser humano, con el fin de instalar, primero miedo y después control; con la vivencia de un actor desarmado, muchas veces inerte, que solo quiere conocer por qué clase de razón, una condición hasta ahora aceptada por su comunidad de origen, sea ella, ser una mujer conflictiva, un homosexual, o simplemente alguien que no tiene el deseo de tomar partido por un actor armado en particular, de un momento para otro se hace visible a tal punto, que convierte a su ser querido en un candidato idóneo para ser asesinado, desaparecido su cuerpo y convertido en un vestigio que genera espanto en sus congéneres.

Para el caso de Susana los efectos fueron incontables y por ahora demasiado impactantes. Cuando a ella la sacaron de la casa para desaparecerla, estaba con una de sus hijas menores que para ese tiempo contaba apenas con cinco años. La niña fue la última persona que en su entorno afectivo la vio con vida. Ella nunca ha querido decir nada al respecto. Es presumible el clima de pavor de una pequeña que se descubre inmersa en una situación ininteligible. Un relato busca comprender, así que su silencio debe ser interpretado. Susana salió, seguramente con el miedo reflejado en su rostro: ¿Cuáles serían las últimas palabras para su pequeña niña? ¿estaría descompuesta en su dolor, o buscaría que su hija no se afectara más allá de la aprehensión experimentada? Quizás tenía una tenue esperanza fundada en que sus captores respetarían su vida simplemente porque era madre de esa niña. ¿Qué vendría después? Posiblemente el silencio roto por el llanto de una pequeña que se quedó dormida en la soledad de aquella oscura noche. Paola no supo qué pasó, no tendría por qué saberlo; para ese momento se encontraba en Bogotá. Ella también interpreta, también construye versiones sobre lo sucedido. Es posible que sean más de 1 107 interpretaciones recreadas. Lo que atinó a reflexionar era que su mamá la acompaña todavía en sus sueños.

Después de ese momento, la pequeña, que tuvo que sufrir tal espanto, se fue a vivir con su padre, el padrastro de Paola. Nunca más volvieron a ser parte de ese entorno familiar, que hasta ese momento era su mundo. Se supone para la experiencia vital de la niña, además de una ruptura y una pérdida, un cruel desarraigo. El tener que cambiar todos los componentes que hasta ese momento constituían su vida cotidiana; tiempos, espacios, hábitos de vida y vínculos afectivos fueron fragmentados en mil pedazos. La niña es una víctima directa que muy seguramente ha ordenado su existencia a partir de ese indescriptible momento. En ese ir y venir, la incertidumbre de no saber exactamente qué había sucedido con su mamá, permitió alimentar una versión en la que Paola había regresado a Tibacuy para beneficiarse de la desaparición de Susana. Estos comentarios generaron rupturas irreconciliables en el grupo familiar.

Las anteriores son consecuencias que no pueden ser calculadas, no se pueden medir; se verifican para el caso, en una distancia de años, casi que irresoluble, entre dos niñas que hasta el momento de los hechos fueron cercanas, parte de un núcleo vivencial y afectivo. La pretensión es concentrar la mirada en un punto, reconocer el infinito impacto de un acontecimiento; tratar de reconstruir una vivencia subjetiva a partir de los fragmentos que las experiencias narradas permiten vislumbrar. No resulta del todo consistente, en el contexto de una situación de conflicto social y armado, desaparecer a una persona y después responder al hecho, con un programa de beneficios o con una política de intervención, como forma de enmendar lo ocurrido. Es un territorio en su totalidad, con sus comunidades, su academia, su institucionalidad, el que debe interpretar y recoger el horror de una niña, para convertirlo en algo que dé cuenta de la dimensión de lo acontecido.

Sin pretender agotar los matices de este relato, es factible decir que las miradas de Susana y Paola coincidieron cuando Paola decidió volver a Tibacuy para hacer su vida, mientras trataba de reconstruir lo sucedido con su figura materna, que, en medio de todo, siempre estuvo pendiente de ella, la visitó en la ciudad de Bogotá, la ubicó donde su tía y buscó protegerla de lo que pudiera causarle algún daño. La mayor parte del relato de vida de Susana está en la voz de Paola, ello sin desconocer sus silencios prolongados, el miedo a preguntar y a exteriorizar sus dudas, o su permanente intención de indagar por lo sucedido, de una forma marcada por el sigilo y la desconfianza.

Ella supone cosas, ajusta versiones mientras construye su vida. Es madre, repite algunos hechos, como por ejemplo ser madre cabeza de hogar. Susana sigue presente en ella; la rememora en esa especie de sueños premonitorios y simbólicos que van marcando el camino de su devenir. Ella la regaña. También le dijo que comprara el terreno que ocupa la casa en la que hoy habita, en la vereda La Escuela, muy cerca a la vereda La Gloria, donde vivían anteriormente. Paola siente que su mamá se encuentra

muy cerca. Cuando hace algo reprochable dice: “se me pone brava”. Es un recurso que resulta inteligente, pero que habida cuenta de las circunstancias requiere de algunos ajustes para resolver la disonancia: Susana viva, guía, voz activa que permite que su hija mayor tome las mejores determinaciones, vivir en un buen lugar, hacer familia, criar a sus hijas en unas mejores condiciones. De hecho, al momento de nuestro encuentro para alguna de las entrevistas sus dos hijas se dirigían hacia la casa de la cultura del municipio a tomar clase de danzas. También están aprendiendo a tocar un instrumento musical. Otro día, en el parque central de Tibacuy, estaba Paola tomando un jugo mientras esperaba que las niñas terminaran una presentación que tenía lugar allí.

Pero igual convive con la búsqueda del cuerpo de Susana, “que está en una fosa común, me dijeron”... pero a la hora de localizar el lugar, el informante no se hizo presente. Conciliar la vida casi que onírica de Susana, con la búsqueda de su cuerpo para darle cristiana sepultura es una contradicción, como contradictoria resulta toda la vivencia en torno a la desaparición forzada. Este estado de incertidumbre corresponde de forma muy clara con lo que se define con la intención de invisibilización para ocultar la responsabilidad de los perpetradores de acuerdo con lo que se define en el documento *Hasta encontrarlos*, del Centro de Memoria Histórica. En este sentido el perpetrador pretende una violencia sin efectos; es decir, sin señalamientos, ni procesos judiciales de por medio, que lo involucren con el caso. Estas formas de ocultamiento se han venido sofisticando a partir de prácticas como la inhumación de los cadáveres en fosas clandestinas, o como personas no identificadas sepultadas en cementerios de poblaciones diferentes al lugar de los acontecimientos, o incluso con la utilización de agentes químicos para lograr una rápida descomposición de los cuerpos. La contradicción radica en la búsqueda de los mínimos efectos para los perpetradores, a costa de un dolor permanente para las víctimas de desaparición. Los hechos así terminan confirmándolo, pues en la mayoría de los casos de desaparición forzada, no se suelen entregar respuestas esclarecedoras en términos responsabilidades jurídicas y del conocimiento sobre el destino de los desaparecidos.

## ANTECEDENTES Y DISPOSITIVOS QUE DISPONEN LA DESAPARICIÓN FORZADA

Una serie de eventos previos al episodio de desaparición forzada se configura en muchos de los casos. Para la situación de Susana también se puede hacer un rastreo sobre estas circunstancias, las cuales varían de acuerdo con cada episodio:

- Unos primeros hechos relacionados con la citación de la familia González a la inspección de policía por algunas diferencias presentadas con los vecinos de la vereda. En las zonas rurales este tipo de diligencias se presentan de forma recurrente y están relacionadas con temas como el acceso al agua, el levantamiento de cercas, o los animales que se pasan de uno a otro predio. Estos hechos dan inicio a una imagen que se empieza a irradiar en el pueblo. Quien llega a la inspección de policía no tiene buenas relaciones con sus vecinos, no logra acuerdos mínimos para poder convivir con su propia comunidad y fragmenta principios fundamentales para el buen vivir.
- Cuando se empezaron a hacer evidentes algunas diferencias dentro del grupo familiar respecto a la repartición de los bienes heredados de sus padres, se presentaron nuevos conflictos que fueron inicialmente tramitados en la Comisaría de Familia, por ser este un conflicto enmarcado en el grupo familiar. Se lee que a la comisaría llegan quienes no cuentan con los recursos necesarios para gestionar sus asuntos. Asuntos de este tipo se podrían conciliar, siempre y cuando existan condiciones básicas, que al parecer en la familia González no estaban presentes.
- Es plausible encontrar algunas concurrencias entre los imaginarios que se empiezan a tejer en el entorno comunitario más inmediato y las posteriores acciones emprendidas por los grupos armados. De cierta forma se utilizan las percepciones que una comunidad tramita en el terreno de las diferencias habituales, para convertirlas en juicios que terminan definiendo el destino de una persona. Es claro que para algunos habitantes del municipio y para varios funcionarios de la administración municipal Susana era una persona conflictiva que había sido requerida por las autoridades por sus habituales comportamientos de desacato a normas básicas de convivencia.
- Ubicados en la perspectiva de Susana, probablemente ella consideraba que estaba defendiendo su derecho a una herencia y algún tipo de consideración de parte de su familia de origen, por su condición de ser madre de tres niñas que no cuenta con el pleno respaldo de su pareja. Esta contradicción entre un sujeto que se sabe demandante de sus derechos y la percepción conferida, como persona problemática configura la idea de una subjetividad proclive a la desaparición forzada, en la que llama la atención el rol de un entorno social en que se diluye la frontera interpretativa entre el comportamiento cotidiano y la gestión de los propios derechos. Ello confirma un nivel de relación no intencionada entre los imaginarios sociales y las acciones armadas. En este caso

el actor armado se constituye en un lector intencionado de las percepciones sociales que proyecta el entorno. Así, sentimientos como el miedo, el rechazo y la valoración sobre un otro relativamente frágil, determinan el tipo de acciones que se materializan sobre un sujeto.

- Dos componentes finales permiten sellar el destino de Susana; ella, mujer, con tres hijas, entre ellas Paola, que sumaba una fragilidad adicional, vinculada con su condición de adolescente acosada por su compañero. También con sus dos hijas menores, herederas de esa condición marginal de lo femenino. Susana: una mujer en un mundo masculino. El otro tema tiene que ver con su pareja, un hombre representante de una masculinidad discutida, por su condición de militante de un grupo irregular. Es una múltiple marginalidad que en este caso juzga sus determinaciones, su proceder en defensa de sus derechos, su condición de género y su estatus social.

## CONSUMACIÓN Y EMERGENCIAS SUBJETIVAS

Finalmente se presenta un evento de cierre frente a esta ruta que se viene marcando. Cuando Susana le cuenta a la funcionaria de la Alcaldía el altercado sostenido con su hermano, el miedo y la desesperación de su llamado, hacen evidente que sobre ella caería un cuestionamiento que terminaría siendo lapidario: “Creo que no tenía a quien contarle, porque un día llegó como a eso de las tres de la tarde a decirme que había tenido un altercado con su hermano por unos derechos de sucesión. Me dijo que se enfrentó a machete con él y yo le sugerí que fuera a la inspección de policía a exponer el caso”. Estas palabras resultan muy dicientes, pues corresponden a ese acto último que revela el desacato normativo de cierre: una mujer que se enfrenta a machete con un hombre por su derecho a una tierra que era su huerta y su casa. Tierra de hombres, derecho de hombres. Probablemente, si hubiese sido la confrontación entre dos hermanos del género masculino, no estaríamos aventurando esta ruta. El hecho es que Susana se hizo más visible que nunca, en medio de un momento en que Tibacuy era presa de una crudeza sin precedentes en términos de la situación de orden público, pues a las acciones del frente 44 de las FARC, se sumaban algunas escaramuzas de los grupos paramilitares ubicados en el Municipio de Silvania. En este contexto y ante una serie de acciones por el control del territorio, para entregar un mensaje contundente a los adversarios, es muy

posible que Susana, su cuerpo, su humanidad y su historia se convirtieran en un mensaje claro acerca de quién ostentaba el poder sobre el territorio.

Por otra parte, es posible que Susana haya presentido la inminencia del desenlace. Tal vez el ir a la Alcaldía y buscar a alguien que la escuchara era una forma de poner en palabras su miedo, exorcizar la angustia, hacer colectiva su aprehensión. En este punto se han tejido algunas hipótesis. La más recurrente supone que a Susana la ajustició la guerrilla. Hay tres eventos que alimentan esta versión:

- El primero de ellos tiene que ver con el hecho de que Susana se atrevió a cuestionar a su compañero, por su propósito de acercarse a Paola con una intención de carácter sexual. Este comportamiento, no solo se convirtió en un reclamo, sino que ella amenazó con denunciarlo. Pero denunciar a un militante de la guerrilla era poner en cuestión la conducta de quienes representaban el control social y el poderío armado. Muy seguramente la situación terminó convirtiéndose en un juego en el que prima la pregunta: ¿a quién se le puede creer? a un militante del frente 44 de las FARC o a una mujer que ha dado varias muestras de su disposición al conflicto y al desacato frente a las normas establecidas?
- Otro acontecimiento que pudo tener una fuerte incidencia en su desaparición fue el acumulado de quejas, reclamos y denuncias que señalaban a Susana como una persona abocada al conflicto, ya que fueron varios episodios los que desencadenaron en señalamientos que fueron tramitados tanto en la inspección de policía como en la Comisaría de Familia del municipio. Esta información se filtró y pudo tener que ver en el dictamen que sobre Susana pronunció el grupo armado.
- Finalmente, el conflicto que se presentó con su hermano mayor, que degeneró en una pelea a machete, resultó ser un evento muy relevante toda vez que la guerrilla como instancia de resolución de este tipo de situaciones al parecer tuvo conocimiento del tema por cuenta de la información tal vez un tanto sesgada que proporcionó el hermano de Susana a la guerrilla para que interviniera en esta situación.

No es esta la única versión; hay otras. Pero tal vez menos cimentadas y más especulativas. Lo único cierto en este momento es que de Susana como persona viva no se volvió a saber nada, que hay una serie de versiones acerca de dónde está su cuerpo y que su familia se disgregó y terminó separada, producto de las diferencias surgidas a

partir de su desaparición. El grupo familiar, sigue sin poder cerrar el amargo capítulo de la desaparición forzada de Susana González, habitante de la vereda la Gloria en el Municipio de Tibacuy.

Son los sujetos quienes construyen las historias y la presente es una historia que involucra a sujetos que han transformado su condición a partir de las experiencias vinculadas a la desaparición forzada. El sujeto es social cuando se reconoce como parte de un escenario que le antecedió y que de la mano de ese escenario colectivo ha venido construyendo sus criterios de relación social, sus valoraciones éticas y sus maneras de comprender un camino de actuación frente a las exigencias de su mundo, entre otros aspectos. Esta condición de sujeto social se ve particularmente afectada en la desaparición forzada. Paola nos lo hizo saber muy pronto con su cautela al abordar el tema, con sus prolongados silencios y su renuencia a conversar de algunos contenidos relacionados con la desaparición de Susana. Lo cierto, es que la desaparición tiene un efecto fraccionador de ese universo social. La persona que vive un evento de tal magnitud ingresa a un estado inicial de ensimismamiento y el efecto producto de la desaparición empieza por copar progresivamente la esfera de lo psicológico. Los componentes cognitivo, emocional, afectivo y relacional se ven atravesados por esta implacable experiencia.

De alguna forma, la persona se percibe como diferente y única, desde lo que ha tenido que enfrentar. En este momento se confirma un primer distanciamiento de ese entorno social constituyente del sujeto. Una condición asociada a esta experiencia es que a pesar de que el evento involucra unas condiciones particulares, unos tiempos y unos lugares definidos, sus efectos sobre la persona son inenarrables, en su finalidad de poder ser nombrados desde las categorías que provee esa subjetividad social. Diríamos en palabras coloquiales, “esto no tiene nombre”. ¿Cómo decir qué entidad es, exactamente esa ausencia, que se torna tan mutable y que no es muy fácil de categorizar desde la concreción de un entorno, que califica, ordena y le da un lugar a cada objeto y a cada ser? Lo que no se puede narrar no tiene lugar en ese universo de lo social y la desaparición forzada se torna en experiencia sin discurso factible en muchas de sus escenas.

En este mismo ámbito, pero en otro sentido, el grupo familiar que ha sido víctima de desaparición se margina en virtud de una polarización en la que procura encapsular su habla social, buscando cuidar a su familiar desaparecido. No se sabe, es posible que esté en algún lugar cercano al cual lleguen sus expresiones de dolor y angustia y sea revictimizado debido a los juicios y afirmaciones esgrimidos por el doliente, en aras de encontrar una explicación a lo acontecido. El mutismo termina siendo el recurso más plausible para no lastimar la integridad de quien ha sido sumergido en el vacío de la ausencia.

En el otro extremo de la línea de tensión definida, de acuerdo con la narrativa de lo acaecido a Susana, se descubren imaginarios sociales que tienen incidencia directa en las determinaciones tomadas por el grupo armado; de tal forma que es muy frecuente que la familia considere que la víctima fue elegida porque existe un vínculo entre la forma en que la comunidad la percibe, cómo se interpreta su actuar y la manera en que se hace visible a los ojos de un actor armado, el cual no necesita demasiados elementos de juicio para tomar una determinación tal, que termine afectando de forma tan definitiva a una persona y a su grupo familiar. En general, la familia termina alejándose de un entorno social, producto de esta doble dimensión.

Otro de los escenarios subjetivos afectados por cuenta de la desaparición forzada tiene que ver con lo que se representa como el sujeto simbólico; un sujeto que significa y ritualiza el devenir de su existencia en un ejercicio organizado, proveedor de un sentido litúrgico, para ciertos momentos de su existencia. El nacimiento, el ser mayor de edad, la elección de la pareja, la misma muerte; el último y quizás el más importante ejercicio ritual y simbólico, porque implica una despedida definitiva, un tránsito a otro mundo cargado de enigmas. La desaparición forzada impide que este rito de paso acontezca. Es difícil otorgarle un lugar cierto a la persona desaparecida, pues no hay ritual que deje claro en la conciencia de su red afectiva, que ha mutado de uno a otro estado.

El paso a otra condición se ve frustrado. El impacto asociado con la imposibilidad de otorgarle un lugar simbólico hace como si la vida se hubiese detenido. Hay un asunto sin resolver y por ende un estado de estancamiento. Es algo así como pensar en una pequeña ave que queda atrapada en un espacio cerrado y se estrella una y otra vez con obstáculos extraños, que nada tienen que ver con el espacio habitual en el que su vuelo se encuentra libre de barreras. Los obstáculos representan los bloqueos que han expulsado a los familiares de la persona desaparecida, del curso natural de su devenir.

De cierta forma la vida queda suspendida y todo acto vital se encuentra afectado por una sensación de ruptura, de alejamiento. No resulta factible recrear un ritual apropiado a la situación, pues la condición es ambivalente, puesto que las nominaciones no cuentan con la suficiente consistencia y continuidad para ser depositarias de un contenido simbólico que las represente.

El ritual vislumbra evolución, pero no hay progreso en la frustrante búsqueda de los familiares del sujeto invisibilizado. En términos temporales cabe decir que el avance del tiempo se ha detenido y los familiares de la víctima habitan un extenso presente, que no representa el sentido cíclico y evolutivo de la existencia. Así que estar desaparecido es salir del *continuum* que la cultura elabora para entender el sentido del ser y del

existir; ello aplica también para el grupo familiar. Se podría decir que es una monstruosidad, en razón a que no es factible nominar su condición, no es factible ubicar un espacio cierto de existencia y el tiempo dinámico que lo debería habitar se ha detenido.

El sentido histórico del sujeto debe ser rescatado del limbo en el que se encuentra, como consecuencia de su desaparición. Hay de hecho, una historia previa, pero también una historia por contar. Algunos casos emblemáticos ofrecen una muestra de la construcción de un sujeto histórico, con posterioridad a su desaparición. Las madres de la Plaza de Mayo en Argentina, y más recientemente las madres de los falsos positivos en el municipio de Soacha, representan un acto de rebeldía, que ha mantenido vivo el recuerdo de sus seres queridos. Ellas se han constituido en tejedoras de la nueva historia. Cabe recordar que las madres argentinas se opusieron a llevar un proceso de duelo convencional, porque consideraban que el dolor y el recuerdo eran los factores que mantenían viva una lucha que trascendió el dolor individual y se convirtió en un proyecto social.

Se trató, en los dos casos, de trascender las duras circunstancias de los episodios de desaparición para seguir elaborando una historia con sentido. Hay condiciones diferentes en estos dos procesos, comparados con el de Susana. Entre ellos, la posibilidad de colectivizar el dolor y los caminos por los cuales continuar construyendo el andar, porque existió un agente legítimo y posible de ser visibilizado, en ambos casos: el Estado. El compromiso de continuar escribiendo la historia de los desaparecidos, puede ser un espacio reactivador de una memoria, que podría crear vasos comunicantes entre pasado y presente; en la experiencia íntima de todas y cada una de las familias, para dar algunos pasos ciertos en términos de la reconstrucción de una subjetividad social.